

La jota en tiempos de Fernando VII

El autor, Hijo Predilecto de Zaragoza de este año, rescata la crónica, publicada en 1828, de una visita de Fernando VII a la capital aragonesa que permite recrear cómo se cantaba la jota a principios del siglo XIX

Todos los buenos aficionados nos hemos preguntado en alguna ocasión cómo se cantarían la jota a principios del siglo XIX. Lo poco que sabemos es gracias a una de las referencias literarias más antiguas a la jota aragonesa: la de la crónica de la visita a Zaragoza de Fernando VII y su esposa María Josefa Amalia de Sajonia, impresa por Mariano Miedes en 1828: «Manifiesto que la muy noble, leal y heroica ciudad de Zaragoza ofrece al público de los principales regocijos con que explicó su alborozo, durante la permanencia en la misma de sus amados soberanos al regreso del Principado de Cataluña para la Corte».

No es este un libro especialmente raro. Con la edición príncipe uno se encontrará, más pronto o más tarde, en cualquier excursión por las librerías de viejo, pues debió de ser libro de abundante tirada. Pero es que, además, hay una edición facsímil de Libros Pórtico, impresa en Zaragoza en 1980, que está en muchas bibliotecas aragonesas, tanto públicas como privadas, y que permite fácilmente su consulta. El libro, que se publicó sin

firma, ha sido atribuido por algunos investigadores a Rafael José de Crespo, catedrático, magistrado y autor del conocido Don Papis de Bobadilla. De ser esto cierto, Crespo se tenía a sí mismo en alta estima, pues escribe en el libro sin pudor alguno: «Estaba ya en la cátedra, para apadrinar el acto, en pie, con toga y capirote, la borla de doctor en la mano derecha, el M. I. Sr. D. Rafael José de Crespo..., magistrado bien conocido por su ciencia, escritos y vasta erudición... (el cual) pronunció con toda la dignidad de la Magistratura un sabio y elocuente discurso». No es pequeña cosa escribir esto de uno mismo.

También cuando Crespo publi-

que al año siguiente, en 1829, su Don Papis de Bobadilla, encontraremos en él otra temprana referencia a la jota: «templó el ciego la vihuela... y a lo que iba a cantar una jota...».

Pues bien, para satisfacer nuestra curiosidad, en ese libro de 1828 que relata la visita de Fernando VII a Zaragoza se nos cuenta que jóvenes labradores de las parroquias del Gancho y del Gallo, «vestidos graciosamente a la usanza del país» y alumbrados por hachas de cera, rondaron a los reyes en la plaza de La Seo, frente a palacio. Los reyes escucharon varias jotas y luego se retiraron del balcón tras saludar al pueblo. Es muy importante para conocer con precisión cómo eran

las rondallas de la época lo que se nos cuenta en el libro acerca de los músicos que acompañaban a los cantadores: la rondalla que salió a la calle la noche del 12 de mayo de 1828 se componía de guitarra, requinto, bandurria, viola, violín, fagot y flauta.

Se cantaron jotas hasta las cuatro de la madrugada (eso sí que eran rondas de verdad y no las de ahora) y se transcriben en el libro dieciocho de las coplas que se cantaron aquella noche, algunas tan poco discretas como ésta: «A la Virgen del Pilar / pedirán los rondadores / que aumenten para su dicha / la prole de los Borbones». Hay algunas otras más convencionales: «Viva el rey, viva la reina / viva feliz Aragón,

/ éste fino en obsequiarlos / y ellos mostrando su amor». Pero es todavía más importante para la historia de la jota aragonesa leer en ese mismo libro que, 'desde muy antiguo', los jóvenes labradores de las parroquias de San Pablo y de la Magdalena salían por la noche con instrumentos tañidos por ellos mismos para cantar y rondar a sus novias o pretendientes; ver cómo se explica en él que 'la continua repetición' de esas rondas a lo largo de los años hizo que tuvieran gran fama y nombradía y que se las conociera como 'Rondallas de Zaragoza'.

En ese 'desde muy antiguo' está la clave. Si en 1828, un catedrático y magistrado como Rafael José de Crespo, a quien deberemos suponerle probada autoridad en lo que dice, asegura que ya «desde muy antiguo» la jota se cantaba en nuestra ciudad, tanto que hubo necesidad de acuñar el término 'Rondallas de Zaragoza' para referirse a esas rondas, estaremos en condiciones de afirmar de forma categórica que la jota sería ya muy popular en la capital de Aragón a lo largo del siglo XVIII.